

ALGUNOS
ANHELAN
LA DESTRUCCIÓN.
ELLOS BUSCAN
REDENCIÓN

EL JURAMENTO DEL GUERRERO

JON
SKOVRON

minotauro

JON SKOVRON

El juramento del guerrero

minotauro

Título original: *Blood and Tempest. The Empire of Storms: Book Three*
Primera edición: octubre de 2018

© Jon Skovron, 2017
Extracto de *The Tethered Mage* ©2017 de Melissa Caruso.
Extracto de *Age of Assassins* ©2017 de RJ Barker.

Publicado por primera vez por Orbit
Los derechos de traducción de esta obra se han acordado con
Jill Grinberg Literary Management LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
Todos los derechos reservados

© Traducción de Manuel Mata Álvarez-Santullano, 2018
© Mapa: Tim Paul, 2017
© Diseño de cubierta: Hachette Book Group, Inc., 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0545-3
Depósito legal: B. 11.439-2018
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



Dicen que nació de la negrura de la misma noche y que entra y sale de la oscuridad como si formara parte de ella.

El viejo albañil, Turnel, bajó el pichel de cerveza, se limpió la espuma del tupido bigote y les clavó una mirada de complicidad a los otros tres fulanos de la mesa. Todos asintieron, sin apartar los ojos de sus jarras. Habían oído cosas similares.

La taberna La Toldilla estaba abarrotada aquella noche, como casi todas las de las últimas semanas. Últimamente, la gente de Pico de Piedra no se sentía a salvo, así que era normal que se congregara. A pesar de lo cual, no podían dejar de hablar del causante de su temor.

—Me han contado que no hace ningún ruido y no tiene boca —dijo Mash, el posadero.

—No, yo he oído que tiene tres bocas —discrepó Trina, el zapatero—. Una escupe ácido; otra, veneno, y la tercera grita tan fuerte que te sangran los oídos.

—Pues yo he visto su trabajo con mis propios ojos y los pobres fulanos no parecían quemados, ni envenenados ni nada parecido —dijo el viejo Turnel—. Todos habían muerto asfixiados, pero ninguno de ellos tenía marcas de dedos en el cuello.

La gente había bautizado al nuevo asesino como «el estrangulador de Pico de Piedra». Sus víctimas aparecían todas las noches, desde la avenida de los Artesanos hasta los muelles.

Y no solo hombres y mujeres, sino también niños. Hacía unos meses, lo de ese «demonio de las sombras» ya había sido malo, pero al menos solo atacaba a disidentes y alborotadores. En los ataques del estrangulador de Pico de Piedra no parecía haber ni motivo ni patrón, lo que resultaba doblemente aterrador. Los padres habían empezado a encerrar a sus hijos en casa por las noches, y hasta las mozas de mejor carácter llevaban un cuchillo cuando iban a la ciudad. En el transcurso del último mes, se había apoderado de la capital del Imperio de las tormentas un temor que parecía a punto de desembocar en un pánico generalizado.

—Pero he oído que no soporta la luz del sol —dijo Mash—. Algo es algo, ¿no?

—Si es que es cierto —respondió Trina.

—Mi chaval ha oído una historia curiosa en los muelles —intervino Hooper, el sastre.

Era un fulano de pocas palabras, pero muy respetado por los demás por ser el más próspero de todos ellos. Les había confeccionado vestidos, nada más y nada menos, a lady Hempist y a la archidama Bashim, dos de las aristócratas más elegantes del imperio.

—¿Conocéis ese viejo almacén que está en la orilla occidental de Tridente de los Mercaderes?

—¿El que lleva diez años cayéndose a pedazos? —preguntó Trina.

—El mismo —respondió Hooper—. El caso es que mi chaval estaba por allí, haciendo negocios con Jacklow, el pescador. ¿Lo conocéis?

—¡Es mi primo! —exclamó Mash, siempre presto a impresionar a Hooper de cualquier modo posible.

Este clavó la mirada en el miembro más joven de su congregación antes de continuar.

—Sea como sea, mi chaval y yo tenemos a Jacklow por un fulano de fiar, que jamás dice nada que no sea la verdad. Y asegura que alguien lleva cosa de un mes merodeando por ese almacén. Alguien que no es del todo... normal.

—Pues es más o menos cuando empezaron los asesinatos —señaló el viejo Turnel.

Hooper asintió con gravedad mientras tomaba un trago de su pichel.

—Y ¿cómo sabe que hay alguien merodeando por allí? —preguntó Trina—. ¿Es que lo ha visto?

Hooper negó con la cabeza.

—Solo lo oye, cerca del anochecer, llorando y gimoteando como una especie de criatura bestial. Según dice, sucede todas las noches.

Mash se estremeció.

—Como sigamos hablando de esto, voy a tener pesadillas.

—No seas mariquita —dijo Hooper.

Mash se volvió hacia Trina con cara de espanto.

—¿A ti qué te parece, Trin? Es peor aún que ese demonio de las sombras, ¿no?

Antes de que Trina pudiera responder, intervino una nueva voz.

—¿Tú crees?

El hombre que había hablado estaba en la mesa de al lado, recostado en su silla con los brazos cruzados. Vestía chaqueta y pañuelo de señor, lo que le hacía parecer fuera de lugar en La Toldilla. Pero aún más raro eran las gafas oscuras que le ocultaban por completo los ojos.

—Y ¿quién ganaría en una pelea, en tu opinión?

Los artesanos se miraron entre sí.

—¿Entre el estrangulador y el demonio de las sombras? —preguntó Hooper.

—Yo apostaría por el demonio —dijo el desconocido.

—Y ¿por qué iban a pelear? —preguntó Mash.

—Lo normal es que estuvieran compinchados —convino Trina.

El desconocido se encogió de hombros.

—Es posible, supongo.

—Un momento —dijo el viejo Turnel, mientras se mesaba el bigote entre el índice y el pulgar con expresión

pensativa—. Puede que estuvieran compitiendo. Por el territorio, ya sabéis.

—Podría ser —respondió el desconocido—. O quizá lucharan porque el demonio de las sombras quisiera enmendar sus crímenes del pasado.

Todos volvieron a mirarse.

—Nunca lo había visto por aquí, amigo —dijo finalmente el viejo Turnel—. ¿Tiene nombre?

El hombre sonrió.

—Podéis llamarme Red.

Red bajó a los muelles la tarde siguiente. Anduvo entre pequeños balandros de un palo que cargaban y descargaban, bajo un cielo con esa peculiar tonalidad dorada que confería a las cosas cierto aire irreal. Llevaba la ropa suave y gris que le habían dado los biomantes cuando lo obligaron a ser el demonio de las sombras. Su atuendo de costumbre habría llamado la atención en los muelles y, si se metía en algún lío, entorpecería sus movimientos.

Siempre había creído que el puerto de Círculo del Paraíso, con sus más de veinte embarcaderos y la cincuentena larga de barcos que arribaban o se hacían a la mar en todo momento, era grande. Pero los muelles de Pico de Piedra se extendían hasta el río Burness desde el corazón de la ciudad, atravesando los restos de la puerta del Trueno. Había embarcaderos hasta en algunos de los afluentes más grandes del Burness. Y allí donde este desembocaba en el mar, los muelles se extendían kilómetros y kilómetros a lo largo de la costa meridional. En conjunto, había casi ochenta embarcaderos y más de un centenar de almacenes. Red no era capaz de imaginarse la cantidad de barcos que podían entrar y salir.

Por suerte, el Tridente de los Mercaderes era uno de los afluentes más pequeños, usado sobre todo entre los artesanos, como puesto comercial de artículos ajenos a las necesidades de la nobleza. Eso quería decir que no estaba muy vigilado

ni demasiado concurrido. Era, decidió Red, el sitio perfecto para que se ocultara un monstruo. Esperaba que Jacklow realmente hubiera oído algo «que no era natural» procedente del almacén abandonado. Lady Hempist le había encomendado la misión hacía semanas, y aquella era su primera pista prometedora.

Caminó en paralelo a la orilla del río, esquivando a la gente que aún trabajaba en los muelles. Eran más de los que había esperar a aquella hora de la tarde, lo que resultaba un poco preocupante. Merivale había insistido en que debía cumplir la misión con toda la discreción, como correspondía a un buen espía. No debía llamar la atención si no era necesario, ni alimentar los temores de una ciudad que ya estaba al borde del pánico. Además, tenía que ocultar su identidad, cubriéndose la parte inferior del rostro con un pañuelo gris. Al parecer, no era conveniente que vieran al señor de la mansión Pastinas cazando monstruos. Al principio le había parecido una tontería cubrirse la boca y la nariz, dejando los ojos a la vista. A fin de cuentas, eran su rasgo más característico. Pero Merivale había argumentado que, como lord Pastinas no solía dejarse ver sin sus gafas tintadas, la mayoría de la gente ignoraba que tenía los ojos rojos.

Llegó al almacén sobre el anochecer. El zapatero no había exagerado al describir el estado ruinoso del lugar. Le faltaba la mayor parte de la techumbre, y los muros estaban empezando a desmoronarse. Había dos entradas. Una frente a la orilla del río, por donde entrarían en su día las mercancías desde los barcos. Por la otra, situada en el lado opuesto, se cargarían las mismas mercancías en carros para llevarlas a la ciudad. Habida cuenta de que todas las víctimas habían aparecido en tierra, Red decidió aproximarse por esta segunda, para cortar la vía de escape que llevaba directamente hacia gente inocente.

Había tratado de recrear en su cabeza una imagen de la criatura, pero las distintas descripciones que había oído eran tan contradictorias que seguía sin tener la menor idea de lo que se iba a encontrar. Lo único que sabía con razonable certeza era

que se trataba de la obra de un biomante, con su acostumbrada falta de compasión o mínima decencia.

Al acercarse al almacén, oyó un sonido, inquietante y agudo, procedente del interior. Era algo a medio camino entre el llanto de un niño y el gimoteo de un animal herido.

Había una ventana de gran tamaño sobre la entrada. Como el cristal estaba roto, Red decidió que sería una entrada un poco mejor que ir caminando por la puerta. Con la ayuda de su amplificado sentido del tacto, que le permitía encontrar cualquier grieta o saliente que pudiera ayudarlo en el ascenso, trepó por el muro.

Se encaramó al alféizar y desde allí escudriñó el interior del almacén. Sus ojos rojos de gato veían especialmente bien en la penumbra. Se trataba de un espacio amplio y abierto, repleto de aparejos náuticos oxidados, rollos de cuerda podrida y trozos de techo. En la parte superior de los muros había unos ventanales por los que entraban los últimos y débiles rayos de sol, que lo teñían todo de color carmesí.

Los doloridos gimoteos procedían de debajo de un bote volcado, junto a la pared. Había espacio suficiente en su interior para albergar a una criatura bastante grande, pero, fuera cual fuese su forma, tendría que darle la vuelta a la embarcación para salir. Esto la dejaría vulnerable durante un instante, que Red podría aprovechar para atacar. Así que se dispuso a esperar.

El alféizar no era el sitio más cómodo del mundo. Tuvo que sacudir las piernas varias veces para reactivar la circulación. Y cuando, al fin, desaparecieron los últimos rayos de sol, el bote no se movió. En vez de eso, bajo la mirada fascinada de Red, algo pálido y surcado de venas comenzó a arrastrarse como una materia viscosa por el pequeño hueco que separaba el bote del suelo. Se extendió sobre los tablones de madera como un charco de carne salpicado de bultos, sin apenas tocar la embarcación, solo cuando algún bulto era especialmente grande.

Una vez que el cuerpo entero estuvo al otro lado, Red se dio cuenta de que no era exactamente una masa informe o un charco. Tenía forma. Forma humana. Pero era maleable, como si

los huesos se hubieran vuelto blandos y flexibles. Estaba tum-
bada boca abajo, pesada y colgante, con los brazos y las piernas
extendidas a los costados, como las patas de goma de un insecto.
Entonces, Red vio el rostro machacado.

—¿Brackson?

Progul Bon había mencionado de pasada que habían castigado al antiguo lugarteniente de Drem *el Carafiambre* por revelar de manera prematura que Red era vulnerable a los sonidos agudos. Red había supuesto que sería un castigo terrible, pero no se esperaba que lo hubieran mantenido con vida.

Al oír su nombre, el ser que había sido Brackson se volvió con movimientos como de babosa. En lugar de caminar o reptar, tenía que retorcerse y ondular sobre el suelo como una especie de híbrido entre hombre y pulpo. Con una caja torácica tan blanda, el peso de su propia carne debía de estar comprimiéndole las entrañas. Red imaginó que estaba viviendo una verdadera agonía. Y la forma en que su cráneo se hundía por el lado, como un pastel que no hubiera terminado de subir, sugería que su cerebro tampoco estaba mejor protegido.

—Brackson, ¿puedes hablar? —Siempre había detestado a Brackson. Pero nadie se merecía algo así. Se quitó el pañuelo para mostrarle el rostro—. ¿Me reconoces?

Brackson emitió un gruñido que no parecía especialmente amistoso. Su boca se movía como un colgajo. Quizá estuviera intentando hablar, pero la flaccidez de la mandíbula le impedía articular palabras.

—Escucha. Sé que nunca hemos sido fulanos, pero lo que te han hecho está mal. Deja que te ayude.

No sabía cómo hacerlo pero conocía al príncipe y a la emperatriz. Algo habría que se pudiera hacer.

Brackson se arrastró hacia la puerta como si no fuera consciente de la presencia de Red. O tal vez su cerebro hubiese sufrido graves daños y no fuera capaz de comprender lo que le decía. En cualquier caso, parecía decidido a salir del almacén, seguramente para sumergirse en la ciudad y estrangular a alguien con aquellos brazos de goma.

Red suspiró y volvió a subirse el pañuelo.

—Debí suponer que no me pondrías las cosas fáciles. —De un salto, se dejó caer desde el alféizar en el camino de Brackson—. Lo siento, viejo amigo. Lo de los asesinatos se ha terminado.

La cara gomosa de Brackson se estiró para formar algo que quizá pretendiese ser un gesto ceñudo mientras emitía un gruñido sordo y gorgoteante.

Red sacó una daga arrojadiza con cada mano. Brackson se detuvo al ver el reluciente acero y volvió a encogerse sobre sí mismo.

—Vaya —dijo Red—. No entenderás gran cosa, pero reconoces el peligro cuando lo ves. Igual podemos arreglar esto por las buenas.

Brackson se encogió aún más y luego salió catapultado hacia el pecho de Red y lo derribó de una embestida.

El blando corpachón pasó sobre él intentando escapar, pero Red le clavó una de sus dagas en el blando hombro y la usó para impulsarse y subirse a la flácida espalda de la criatura, que seguía avanzando. Una vez allí, le clavó la segunda daga en el otro hombro y se agarró con fuerza. Daba gracias por llevar aún los mitones, o las hojas le habrían cortado la palma de las manos.

Brackson emitió una especie de gorjeo de protesta y se lanzó a más velocidad de la que Red creía posible. Era un extraño movimiento de avance, en el que el cuerpo se comprimía sobre sí mismo y luego se expandía hacia delante, agarrándose a cualquier cosa con los brazos y las piernas de goma. Red había pensado clavarle uno o dos puñales en el blando cráneo de la criatura, pero a la frenética y convulsa velocidad a la que se movían, saldría despedido si soltaba alguna de las dos hojas que había ensartado en los hombros de la criatura. De momento no podía hacer otra cosa que sujetarse.

Red y su involuntaria montura echaron abajo la desvenecijada puerta y se dirigieron a la ciudad por el sendero de las carretas. La ciudad era el último sitio al que quería ir Red, así que se apoyó con fuerza en las dagas clavadas en los hombros de Brackson y las usó para obligarlo a describir un amplio giro

por la alta hierba y poner rumbo a los muelles de la orilla oeste del Tridente de los Mercaderes. A Brackson le costaba moverse por la hierba, y Red pensó que esa era su oportunidad. Pero antes de que pudiera aprovecharla, llegaron a los muelles. Los blandos dedos de Brackson se encajaban en las separaciones de los tablones, y la carrera de la pareja ganó aún más velocidad.

—¡Quitaos de en medio! —gritó Red, al acercarse a un grupo de estibadores que estaban descargando algo de un pequeño balandro; seguramente mercancía de contrabando, dada la hora.

Los estibadores se lanzaron a un lado. Brackson atravesó las cajas y dejó tras de sí una nube de fino polvo de coral.

—Ahí te quedas —murmuró Red.

Aún le guardaba rencor a la droga que había acabado con su madre y había estado a punto de matarle a él. Así era de sentimental.

Los estibadores, estupefactos, siguieron con la mirada al insólito par que pasaba a toda velocidad por su lado. El muelle se extendía a lo largo del Tridente de los Mercaderes durante un cuarto de milla, más o menos. Red vio que había otros cuatro o cinco grupos de trabajadores por delante de ellos, todos en su camino. Tenía que acabar ese paseo antes de que lo vieran todos los traficantes de drogas de Pico de Piedra. Era hora de recurrir a las acrobacias peligrosas, quizá hasta un poco ostentosas.

De un fuerte tirón, le arrancó las dagas de los hombros y saltó hacia arriba. Desde el aire, lanzó las dos armas, que se clavaron en la base del cráneo fofo de Brackson. Red aterrizó sobre el muelle y rodó sobre los tablones para amortiguar el impacto. Aún en el suelo, levantó la mirada a tiempo de ver al monstruo, ya sin vida, embestir otro montón de cajones, impulsado por su propia inercia. Los gritos de furia de los trabajadores se transformaron en voces de alarma al ver lo que había destrozado su cargamento.

Red se puso en pie, corrió hacia allí y, de un puntapié, lanzó el cuerpo de Brackson al agua, donde se hundió rápidamente hasta desaparecer.

Un espía digno de tal nombre probablemente se habría esfumado en ese momento, sigiloso y misterioso. Claro que, un espía digno de tal nombre seguramente no se hubiera metido en semejante lío. Pero, ya que estaba hasta el cuello, Red no pudo contener un impulso teatral.

—Bueno, fulanos míos —dijo a los contrabandistas, con un centelleo de los ojos rojos por encima de la máscara gris—. ¡Creo que con esto queda resuelto el problema del estrangulador de Pico de Piedra!

Les hizo una reverencia y echó a correr con una carcajada que se perdió en la noche.

—Tenéis un concepto muy peculiar de la discreción —dijo lady Hempist.

Red y ella se encontraban en los aposentos de la dama, impecablemente pulcros y amueblados con una frugalidad rayana en lo austero. La aristócrata se hallaba sentada frente a una mesita de cristal y troceaba delicadamente un faisán antes de comérselo. A pesar de su comportamiento frío y su mirada acerada, lady Hempist irradiaba siempre un encanto exuberante que Red no era capaz de ignorar, y al que contribuía, en no poca medida, su predilección por vestidos de generoso escote.

—Mi señora, no sé a qué os referís, os lo aseguro —respondió con desenvoltura, sentado en un sofá tapizado, con la piera colgando de uno de los brazos.

Con aire de pereza, dio una vuelta al último trago de tinto que le quedaba en la copa y la apuró. Merivale solo compraba el mejor vino. Era una de las pocas cosas que le permitían soportar esas reuniones. Había disfrutado mucho más de la compañía de lady Hempist cuando esta había fingido cortejarlo. Pero ahora que era su jefa, parecía mucho menos dispuesta a apreciar su sentido del humor. Red sabía que aquella era la auténtica Merivale. Una espía y una estrategia brillante con una falta de empatía casi aterradora. Él era una de las pocas personas del

mundo que podía ver su verdadero rostro, y la mayoría de las veces le inspiraba asombro. Pero, desde luego, ahora resultaba mucho menos divertido estar con ella.

—Me refiero a vuestra pequeña actuación de anoche en los muelles.

—¿Actuación? —preguntó Red con inocencia.

—Es la comidilla de todas las tabernas de la mitad sur de la ciudad.

—Seguramente fue una heroicidad digna de verse —reconoció Red—. Pero fue imposible evitarlo.

Merivale se limpió los labios dando delicados toques con la servilleta.

—Una heroicidad. Sí. Lo que me recuerda que también corre el rumor de que la persona que ha acabado con el estrangulador de Pico de Piedra es ni más ni menos que el demonio de las sombras.

—Qué curioso.

Red deslizó un dedo por el borde de la copa, que emitió un leve zumbido.

—Al parecer —continuó Merivale—, dicen que quiere compensar a la buena gente de Pico de Piedra por sus acciones pasadas. No sé de dónde han podido sacar semejante idea.

Red esbozó su sonrisa más inocente.

—Qué imaginación más viva tiene el populacho, ¿verdad?

Merivale lo miró un instante y luego se levantó y se acercó a una ventana para contemplar el cielo despejado y azul.

—Poseéis talento para muchas cosas, lord Pastinas. Pero estoy empezando a creer que el espionaje no se encuentra entre ellas.

—Tal vez se me daría mejor dirigir la búsqueda de Bleak Hope —respondió él con tono alegre, como si aquel no hubiera sido el tema de varias conversaciones acaloradas en el pasado.

—Ya os he dicho que nos estamos ocupando de ese asunto —dijo Merivale—. Ahora mismo tenemos preocupaciones más acuciantes.

—¿De veras?

—Al margen de vuestra falta de discreción, me preocupa mucho este último acto de los biomantes. Una cosa era mandar al demonio de las sombras a asesinar a objetivos concretos. Pero dejar suelta a una criatura sin mente como esa para que siembre el caos entre la población...

—Parece una temeridad —concluyó Red—. Algo que Progul Bon nunca habría hecho.

—Exacto —dijo Merivale—. Por muy despreciable que fuera, empiezo a pensar que contenía a los demás biomantes.

—¿Estaban contenidos?

—Es evidente que la muerte de Bon ha alterado su estrategia. Y no lo digo solo por esa criatura. Al parecer, han decidido permitir que el emperador abra las negociaciones para firmar un tratado con la embajadora Omnipora.

—Eso sí que es sorprendente —reconoció Red.

—Quiero saber a qué se debe este cambio repentino de política —dijo Merivale—. Y también para qué han concertado esa alianza con los Vinchen.

—He intentado que se sinceren conmigo durante las sesiones de entrenamiento, pero son gente retorcida —dijo Red.

Merivale se dio la vuelta en la ventana para mirarlo.

—Creo que es hora de utilizar vuestra conexión con ellos de una manera más... directa.

—Merivale, sabéis tan bien como yo que, si corro demasiados riesgos, podría destruir esa conexión por completo. Si se dan cuenta de que ya no estoy a su merced, se acabó.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo —respondió ella.

—¿Tan preocupada estáis?

—¿Sabéis cuándo fue la última vez que trabajaron juntos los biomantes y los Vinchen? —preguntó ella en voz baja.

—En tiempos del Mago Oscuro.

—Exacto. Y, siglos después, aún estamos recuperándonos de aquel cataclismo. Si algo de similar escala sucediera ahora..., es perfectamente posible que el imperio no sobreviviera.

Red se quedó mirando un momento la copa vacía, antes de levantar la mirada hacia ella.

—¿Qué necesitáis que haga?

Aquella noche, Red estaba pintando en sus aposentos. Era algo que había estado haciendo con regularidad desde su regreso de la Baja Basheta. Siempre que sentía que la oscuridad que tenía dentro comenzaba a subir como la marea, la pintura lo ayudaba a darle salida. No era que temiera volver a perder el control de sí mismo, pero era una sensación desagradable y, por lo general, Red era la clase de fulano que prefería estar alegre, incluso cuando sucedían cosas malas. Nunca le había encontrado sentido a la melancolía.

—¡Por todas las tormentas!, ¡qué criatura más aterradora! —exclamó el príncipe Leston, asomado sobre su hombro frente al cuadro.

El príncipe tenía la costumbre de ir y venir a su antojo. Red no ponía el menor reparo, porque eso implicaba que él podía hacer lo mismo. Y el príncipe tenía acceso a las mejores viandas y los mejores vinos, así que, por lo general, el arreglo era beneficioso para él. Además, la informal desenvoltura de su relación le recordaba a tiempos más sencillos, cuando compartía aposentos con Filler.

—¿No os gusta, alteza? —preguntó mientras seguía trabajando en la imagen de Brackson saliendo de debajo del bote.

Había dejado a un lado la chaqueta y la corbata y trabajaba en mangas de camisa, arremangado.

—La ejecución es excelente —se apresuró a decir Leston—. Pero normalmente la gente pinta cosas agradables, como flores o paisajes.

—Claro —repuso Red—. Porque quieren vender sus cuadros, así que pintan cosas que a la gente le agrada ver. Pero yo no tengo la intención de hacerlo, así que no necesito preocuparme por los deseos de los demás. Solo pinto para mí.

Leston acercó un banco y miró fijamente el retrato de Brackson.

—Pero ¿para qué pintar una imagen tan desagradable?
—preguntó.

—Si consigo recrearla con fidelidad en el lienzo —dijo Red—, no la tengo tan metida en la cabeza,

Leston guardó silencio un instante.

—Ser artista debe de ser algo grande y terrible a la vez.

—Ah, vamos, fulano mío. Seguro que ser príncipe también tiene sus cosas. —Su expresión se tornó seria y dejó el pincel—. Escuchad, es posible que tenga que... ausentarme una temporada.

—¿Qué quieres decir con «ausentarte»? ¿Dejar el palacio?

—Dejar Pico de Piedra. Tengo que hacer algo que podría meterme en líos. Me guste o no, por aquí no me van a mirar con buenos ojos durante una temporada.

«O nunca más», pensó, pero esto no lo dijo.

Leston frunció el ceño.

—¿Lady Hempist ya te ha encargado otra misión? ¿Algo todavía peor?

—Es la misión para la que me quería desde un inicio, creo.

—¿Algo relacionado con los biomantes? —Sacudió la cabeza—. Es demasiado peligroso. Lo prohíbo.

—Lo siento, Leston —dijo Red—. Es algo que hay que hacer. Y las órdenes vienen de su majestad la emperatriz, así que tienen prioridad.

—Y ¿qué pasa con Hope? —preguntó Leston con mirada suplicante—. Creí que tenías un trato con los biomantes y la dejarían en paz mientras estuvieras aquí.

—Sí, pero han incumplido su parte y han enviado a los Vinchen a por ella. Así que, aunque en teoría el trato sigue vigente, por mi parte lo doy por roto.

—¿No puede hacerlo nadie más?

—Soy el único que podría acercarse lo bastante.

—Pero... —El rostro del príncipe se arrugó de frustración—. Después de todo lo que has pasado...

En toda su vida, con todos los sueños absurdos que había abrigado, a Red nunca se le había pasado por la imaginación

que algún día sería amigo del heredero al trono imperial. Pero lo que más lo sorprendía era lo mucho que apreciaba al fulano. Sí, vivía más protegido de lo razonable, más mimado de lo soportable y más consentido de lo creíble. Pero, aun así, seguía siendo una buena persona.

Le estrechó el hombro.

—Gracias, viejo canalla. Me alegra que, de vez en cuando, alguien esté de acuerdo conmigo. Por desgracia, eso no cambia nada.

—Bueno... Y ¿cuándo te vas?

Leston parecía desolado. Red era dolorosamente consciente de que el príncipe no tenía más amigos.

—Mañana, seguramente.

—¿Vas a despedirte de Nea?

Red le dirigió una sonrisa irónica. Incluso después de varios meses, Nea y él seguían distantes. Tampoco podía culparla. Por mucho que hubiera estado bajo el control de los biomantes, era comprensible que no quisiera cerca a la persona que había estado a punto de asesinarla. Pero Nea no era una cobarde, y Red se preguntaba si habría descubierto que trabajaba como espía para Merivale, en cuyo caso su actitud sería más política que personal. Hasta cierto punto, esperaba que fuese así, porque la verdad era que le gustaba mucho la embajadora de Aukbontar.

Sin embargo, en cualquier caso, era la embajadora de una potencia extranjera y no podía permitir que husmeara en un asunto tan delicado como aquel.

—¿Sabéis lo que os digo? —respondió al fin—. Podrías hacerlo por mí, alteza. Os lo agradecería. Pero no hasta pasado mañana.

A la mañana siguiente, Red se encontraba en su pequeño salón, a solas, observando el mobiliario. Era un mobiliario magnífico. Había dos sillas y un sofá de dos plazas. Los armazones estaban hechos de una madera oscura de gran calidad que se importaba de la isla de la Baja Basheta, de donde procedía Merivale. Habían

pulido la madera teñida hasta darle un brillo casi cristalino. Tanto los respaldos como los asientos tenían cojines hechos de un tejido suave y sedoso, de color azul medianoche, procedente de la isla de Fashlament, donde, según Merivale, se hacía con unos hilos que les salían del culo a unos gusanos. O quizá le estuviera tomando el pelo cuando se lo dijo. Con ella, a veces no era fácil de saber. Era una de las razones de que le gustara.

Junto a las sillas había una mesa de cristal rectangular con una estructura de hierro forjado y pequeñas formas de moluscos en las esquinas. Un tapete de seda la cubría de un lado a otro. Estaba decorado con imágenes de aves marinas y peces, y Red siempre se había preguntado si eran peces voladores o aves submarinas.

No podía quejarse. Para nada. Nunca había tenido unos muebles tan magníficos en su salón. Demonios, nunca había tenido salón. Y no creía que volviera a tenerlo.

Con un suspiro, limpió unas motas de inexistente polvo del respaldo de una de las sillas.

—En fin, fue bonito mientras duró.

—¿Qué sucede, milord? —preguntó Hume, que pasaba por allí con un montón de sábanas limpias en brazos.

—Yo no me molestaría en cambiar las sábanas, Hume, viejo canalla —dijo Red con tono animado—. No dormiré aquí esta noche. Ni ninguna más, probablemente.

Hume se volvió hacia él, con la coleta de color hierro en su sitio y tieso como un poste. Solo unas pequeñas arrugas en la frente indicaban que estaba genuinamente preocupado. Durante el último año, Red había hecho lo imposible por perturbar su impasible conducta y, en cierto modo, estaba bien que fuera aquella noticia la que lo lograra.

—¿Milord? —preguntó el criado con tono cauteloso.

—Te has portado bien conmigo, Hume —dijo Red—. Como un condenado ángel, la verdad. Mejor de lo que me merezco. Para serte totalmente sincero, por mucho que he intentado hacer gala de no necesitarte, voy a echarte de menos.

—Si me lo permitís, milord, vuestras palabras tienen un aire de... despedida.

Red le obsequió una sonrisa triste.

—Merivale necesita saber lo que traman los biomantes. Siempre me había tenido por un experto en el arte de sonsacarle información a la gente, pero llevo meses tratando de hacerlo sin éxito. A esos pichaflojas se les da mejor guardar secretos que a la dueña del Pedazo de Cielo en Círculo del Paraíso. Lo cual no es poca cosa, si te soy sincero.

—Conozco a la persona a la que os referís —respondió Hume con tono seco.

A Red se le iluminó la mirada.

—¿Has visto? Qué pena enterarme ahora de que Mo y tú sois fulanos. En fin. El caso es que Merivale necesita resultados y me toca a mí obtenerlos.

—Así que os disponéis a cometer alguna temeridad, ¿no, milord? —dijo Hume con gravedad.

Red sonrió.

—Humey, fulano, esa es mi especialidad.

Le encantaban las salidas dramáticas, así que, con estas palabras, dio media vuelta y se encaminó a la puerta.

—Milord —dijo Hume.

Red se detuvo y se volvió.

—¿Qué queréis que haga con esto? —preguntó señalando los cuadros apoyados en la pared.

—Lo que quieras, Hume. Solo pinto para no perderme. Ya no los necesito.

—¿Os parece que se los entregue al señor Thoriston Baggelworthy de Salto Hueco? Parece sentir un especial aprecio por la inclinación de los Pastinas hacia las artes.

—Solo si se los vendes por una suma escandalosa de dinero y te compras algo bonito —dijo Red.

Una pequeña sonrisa arrugó las comisuras de los labios de Hume.

—Como deseáis.